

Anarquía, dinamita y revolución social.

Violencia y represión en la España de entre siglos (1868-1909)

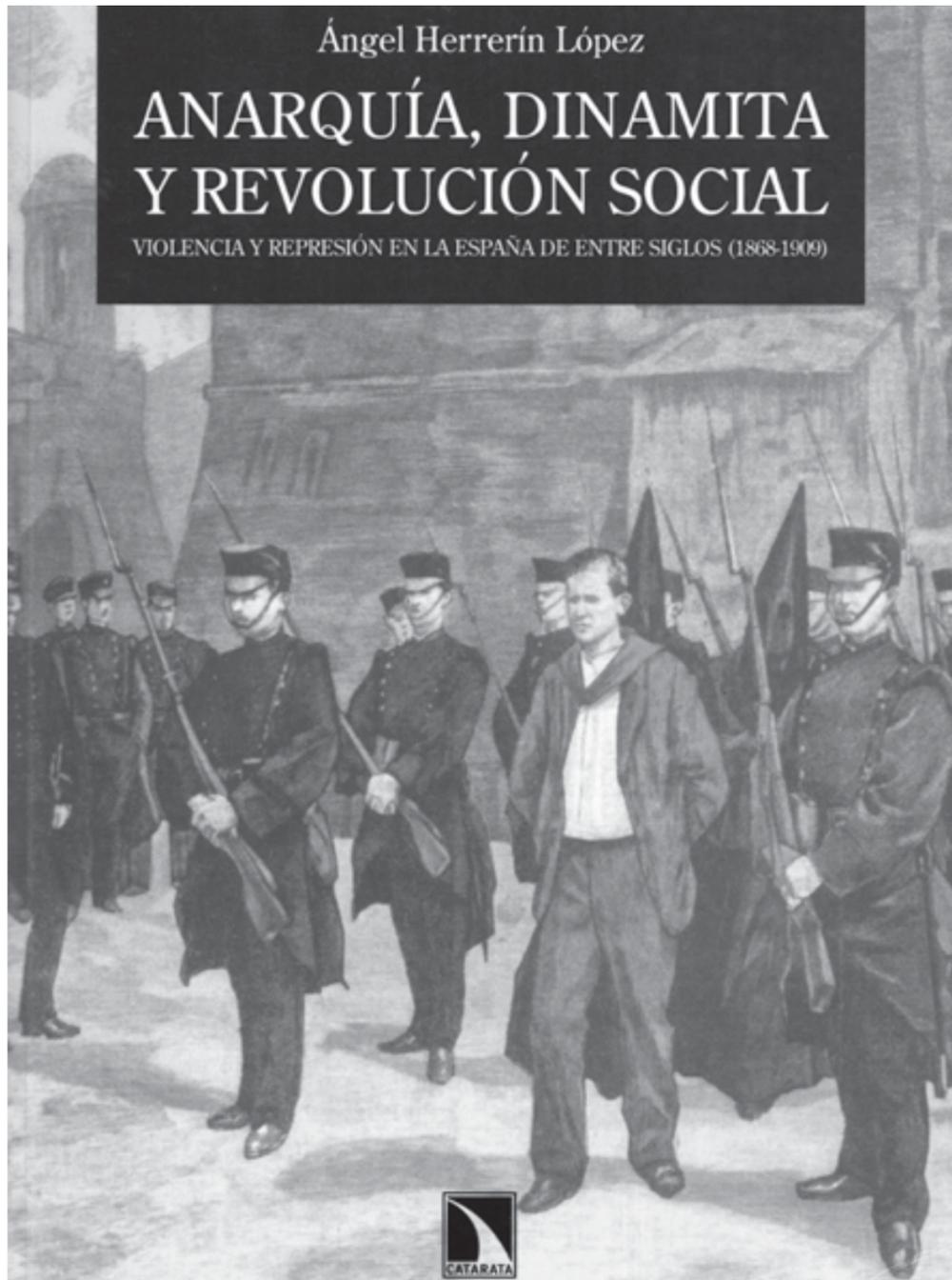
Nuevo libro del doctor en Historia Ángel Herrerin López. Sus investigaciones se basan en varios aspectos relacionados con el anarquismo siendo autor o director de libros tan controvertidos como La CNT durante el franquismo o El nacimiento del terrorismo en Occidente.

PERE J. GARCIA

Esta vez nos presenta un estudio sobre uno de los aspectos probablemente más difíciles de tratar del anarquismo: la violencia. Pero no solo la violencia anarquista, sino también la violencia que sufrieron los anarquistas. Aunque, lejos de lo que se puede pensar antes de leer el libro, el autor hace un estudio minucioso, tanto de los hechos como de sus causas y consecuencias. Y todo esto lo hace a partir de una cantidad ingente de fuentes y de archivos consultados, además de una extensa bibliografía. Y, para aportar mayor rigurosidad a sus afirmaciones, el libro incluye un aparato crítico bastante exhaustivo. Todo ello para dar respuesta a una pregunta: de qué forma la violencia y la represión influyeron en la presencia del anarquismo en España.

En las casi 300 páginas de la obra, el autor nos sitúa en los inicios del anarquismo en el Estado español, con la llegada al país de las ideas de la Internacional y de la Alianza Internacional de la Democracia Socialista. A partir de este momento, el libro discurre a través de un hilo conductor que explica el devenir del anarquismo a lo largo de la historia: el uso de la violencia. Eso sí, dejando muy claro que "la labor realizada en las asociaciones obreras, ateneos, círculos, centros de estudios, escuelas racionalistas... fue tan ingente y tan fructífera que si el movimiento libertario logró sobrevivir a los largos periodos de clandestinidad y represión fue principalmente por la implantación de una cultura y una ideología...". Y también que los anarquistas violentos nunca fueron mayoría, aunque sí muy visibles por el carácter de sus hechos.

Pero más allá de todo esto, no podemos negar que el uso de la violencia marcó una época, la España de entre siglos, y una ideología, el anarquismo. El autor establece varios periodos con sus distintas características específicas. Así, pasamos de un anarquismo obrerista durante el Sexenio Revolucionario, a un anarquismo violento en la clandestinidad de la Restauración. Así, a partir de 1881 se adoptó la propaganda por el hecho, que vino a significar un apoyo doctrinal al uso de la violencia: se defendía la necesidad de destruir lo existente para construir una sociedad mejor. De esta forma se crearon grupos reducidos de hombres que se organizaban para atacar contra los que para ellos eran los pilares de la opre-



sión: Estado, burguesía, militares e Iglesia. Esta propaganda por el hecho, que pretendía atraer a las masas obreras a su causa y alcanzar la revolución, se mantuvo durante las dos últimas décadas del siglo XIX (aparte también hubo otras explosiones como las bombas puestas a patronos por motivos laborales). Estos atentados tenían una mezcla de simbolismo y venganza. Simbolismo por el objetivo, que no eran personas, sino símbolos de la dominación (Iglesia, Estado, burguesía). Venganza porque muchos de ellos se dieron para vengar la muerte, cárcel y torturas de otros anarquistas o las malas condiciones de vida de la mayoría de trabajadores.

En este período estallaron bombas y se produjeron atentados como el atentado a Martínez Campos en 1893, la bomba en el teatro del Liceo también en 1893, la bomba en

la procesión del Corpus de la iglesia de Santa María del Mar de Barcelona tres años después, el proceso de Montjuïc, y un buen número de bombas y atentados que tenían como objetivo algún centro religioso, institución política, gobernadores, policías, etc. Todo esto, según Herrerin, a causa del fracaso de las reivindicaciones obreras del Primero de Mayo de 1890, los sucesos de Jerez de 1892... pero sobre todo por la incapacidad del Gobierno de dar una respuesta más allá de la represión indiscriminada. En España se vivía una difícil situación social y económica que sufrían básicamente las clases más desfavorecidas que, lejos de ser escuchadas, eran anuladas mediante el ejército o la policía. Esto les llevaba a la conclusión de que por medios pacíficos no se llegaba a ninguna parte y que el uso de la violencia era la única salida. Así el

anarquismo individualista se impuso al colectivista.

Aunque en todo este tiempo también hubo intentos de iniciar un camino no violento y más obrerista por parte de los anarquistas. Los primeros años del siglo XX fueron de fuertes movilizaciones, pero la fuerte respuesta del Estado hizo que la violencia anarquista resurgiera, aún cuando en el resto de Europa había prácticamente desaparecido. Así durante los primeros 10 años del siglo, se volvieron a ver atentados de todo tipo y se intentó atacar contra Antonio Maura, Alfonso XIII en varias ocasiones, contra edificios religiosos, contra el ejército, contra patronos en fábricas... Aunque existe una diferencia con el período anterior: en esta ocasión los anarquistas optaron por la colaboración con los republicanos, sobre todo de Lerroux.

Por otro lado, el autor se cuida mucho en mostrar los méto-

dos represivos del Estado, que pretendía detener la violencia anarquista únicamente con medidas represivas sin querer entender que el problema derivaba de la injusticia social. En sus páginas nos cuenta como las respuestas a los atentados eran del todo desmesuradas, llegando a encarcelar a centenares de anarquistas y líderes obreros sin motivo alguno; como se utilizaban los atentados para reprimir y suspender periódicos, sociedades, ateneos...; como la iglesia ejercía sus torturas psicológicas a los presos y a sus familias; como tanto la policía como el ejército utilizaba las torturas contra los detenidos para arrancar confesiones falsas... Incluso el autor se detiene a analizar historias personales de los propios anarquistas encarcelados y ejecutados, además de desmontar muchas de las teorías y juicios que se dieron por parte de la policía en aquellos años, como la creencia en un complot anarquista internacional. Todo ello para llegar a una conclusión: el Estado era en gran medida el culpable de la violencia anarquista, por sus torturas, por su utilización arbitraria de la justicia, por la represión indiscriminada, por mantener a la población ahogada y no ceder apenas reformas, por prohibir el asociacionismo obrero... Todo esto llevó a que el Estado, gracias a campañas propagandísticas en el interior y por toda Europa, se viera como un tirano y un torturador, mientras que los violentos devenían en mártires. Este hecho se vino a llamar la propaganda por la represión, ya que la represión desmesurada del Estado hizo la adhesión y solidaridad incluso de los anarquistas no violentos y de otros colectivos de toda Europa. Aunque también es cierto que el papel del Gobierno cambió con la entrada del nuevo siglo y la represión fue mucho menor a la de décadas atrás.

La conclusión a la que llega el autor es que la violencia y la represión influyeron en gran medida en la presencia del anarquismo en España y que este movimiento estuvo muy marcado por estos hechos. Un movimiento que tuvo sus momentos de esplendor y de máxima implantación cuando fue de la mano de las organizaciones obreras de masas y que, por el contrario, sufrió sus peores momentos cuando se organizó lejos del obrerismo y optó por el uso de la violencia. Pero también que el uso de la violencia tenía una causa muy clara: la situación política, económica y social en la que el Estado mantenía a las clases trabajadoras.